



## EL BUEN OCIO



Cuando Keynes escribió *Posibilidades económicas para nuestros nietos*, uno de los aspectos que más le preocupaba era si el hombre del siglo XXI sería capaz de emplear todo aquel tiempo libre del que, creyó, iba a disponer. El ejemplo que veía en los despreocupados ricos de su época no era muy

edificante; en particular, señaló, el de las esposas de los ricos, cuyas vidas vacías y frívolas le parecían un malgasto. Dado lo que veía, al economista le preocupaba la posible depresión nerviosa de una sociedad rodeada de abundancia pero incapaz de disfrutar del arte de la vida. El ocio, en definitiva, también

requería una preparación. Pero, ¿qué es exactamente el ocio? ¿En qué consiste? En *¿Cuánto es suficiente?* (ed. Crítica), el economista y biógrafo de Keynes, Robert Skidelsky, y su hijo Edward, filósofo, lo definen como uno de los pilares de una buena vida. Para ellos, el ocio es el hacer algo sin presiones,

porque sí, porque nos gusta: puede ser tanto leer, mirar el mar, jugar a fútbol, coleccionar sellos o tocar la guitarra. “Lo importante no es el nivel intelectual de la actividad, sino su carácter de determinación sin propósito”. Pero para hacer algo “porque sí”, recuerdan, hay que tener sin duda tiempo.



► reto de la sociedad, con tanto tiempo libre, sería cómo emplearlo.

Keynes acertó en la primera parte de sus predicciones: ni siquiera cien años después de su ensayo el nivel de vida en los países industrializados ha aumentado ostensiblemente. Pero erró en su otra parte de su hipótesis: la gente hoy se siente más agobiada que nunca y el ocio, para muchos, es algo prácticamente inexistente.

¿Qué ha ido mal? En *Revisiting Keynes*, una recopilación de ensayos editada por Lorenzo Pechi y Gustavo Piga, se dan algunas respuestas. Como que el economista “subestimó el placer que el trabajo proporciona a muchas personas”, para las cuales es una forma de realización vital. No todo el mundo, en definitiva, ansía dejar de trabajar. Tampoco tuvo en cuenta un factor importante de la naturaleza humana: la tendencia a tener más y más bienes. Del último gadget electrónico a los últimos modelos de bolsos y coches... Una insaciabilidad que también se traslada a otros campos, como el afán por vivir nuevas experiencias, cuanto más excitantes, mejor. En definitiva:

al tener más y más por hacer y por comprar, cada vez es más raro el dedicarse a cosas inmateriales, como sentarse un ratito a disfrutar del atardecer.

Asimismo, señalan los expertos, Keynes no tuvo en cuenta una cuestión tan clave como es el reparto inequitativo de esos bienes que iban a ser la base del excedente de tiempo en la sociedad futura. Sin duda, se quedaría espantado si levantara la cabeza y viera como, en este siglo, aumentan la acumulación de riqueza y la brecha entre pobres y ricos (sólo en España son 30 las familias que se reparten gran parte del capital nacional, según la revista *Forbes*). Incluso en los países más prósperos no todo el mundo tiene las necesidades básicas cubiertas que Keynes predijo.

Sin embargo, algunos investigadores revelan que son precisamente los más ricos los que menos tiempo tienen. En *The New Yorker*, Elizabeth Kolbert cita el trabajo del estadounidense Daniel Hamermesh, profesor de economía especializado en el uso del tiempo. En su estudio *Not enough time?* (¿Sin tiempo suficiente?) Hamermesh asegura que ir agobiado es la maldición de la gente, detalla: “De mediana edad y

con un nivel educativo más alto en los países ricos”. Aunque el docente no se compadece de ellos porque, “este agobio, como las largas jornadas laborales, es algo que este tipo de gente o, como mínimo, la sociedad en la que viven, ha sido escogido por ellos mismos”. Sin olvidar, recalca, que aquellos quienes expresaron sentirse más presionados por la falta de tiempo son los que se sienten menos presionados por problemas financieros.

Hamermesh cree que esta coyuntura ha sido desatada, por un lado, por el aumento de las diferencias salariales que ha caracterizado la evolución de la economía en los últimos 35 años. Pero, también, por los incentivos, cada vez mayores, que se dan a los más preparados para trabajar más horas. En cierto modo, es como si el sector más privilegiado de la sociedad hubiera vendido su alma al diablo: trabajo y dinero, mucho dinero, a cambio de muchas horas. Un pacto que conviene a las empresas (donde los empleados más apreciados siguen siendo los que pasan más horas en la oficina y están más disponibles), y que ha generado un aumento de *workaholismo*: la adicción de los mejor pagados a trabajar muchas